

los pecados de nuestros prójimos, y no nos indignar ni airar por eso contra ellos, ayudará mucho una consideracion muy buena que trae el P. M. Ávila (1). De dos maneras se pueden mirar los pecados de los prójimos: la primera, como ofensas é injurias hechas á Dios; y de esta manera mueven á ira é indignacion, y á deseo de castigo: la segunda, como mal de nuestro hermano; y si de esta manera se miran, no mueven á ira, sino á compasion, porque ningun mal les puede venir á los hombres que tanto daño les haga como el pecado; y así ninguno es materia tan propia de compasion y misericordia como la culpa, mirándola de esta manera: y cuanto uno mas ha pecado, tanto mas provoca á compasion, porque se ha hecho mayor daño y tiene mayor mal: como las injurias y malas palabras del frenético no nos mueven á ira, sino á misericordia y compasion; porque las consideramos como mal y enfermedades del que las dice, y no como injurias nuestras. De esta manera al mismo Dios mueven nuestros pecados á compasion y no á ira, cuando los mira con misericordia, no como á ofensa suya, sino como mal y miseria nuestra. Pues de esta manera habemos de mirar nosotros los pecados de nuestros prójimos, como mal y daño suyo, para compadecernos de ellos como quer-

(1) M. Ávila, cap. 21 de Audi filia.

rámos que Dios mirase los nuestros, no con ira y justicia para castigarlos, sino con misericordia y compasion para perdonarlos y remediarlos; y ese será buen celo, y segun el corazon de Dios, que es misericordioso y hacedor de misericordias.

#### CAPÍTULO XIV.

*De otro medio para hacer bien nuestros ministerios, que es poner los ojos en lo interior de las almas, y no en lo exterior que se parece de fuera.*

Uno de los principales avisos que dan los Santos y maestros de la vida espiritual á los que tratan con prójimos es que pongan los ojos en las almas, y no en los cuerpos ni en la apariencia exterior. Hay algunos, dice san Bernardo (1), que miran á lo exterior: ponen los ojos en los bien agestados y bien dispuestos, y en los que andan bien tratados y bien aderezados, y á esos se inclinan, y huelgan de tratar; pero los que tienen los ojos sanos no miran sino lo interior del alma, la cual no es mas hermosa en el cuerpo hermoso que en el feo, si en el cuerpo hermoso no fuere mas santa que en el feo: mas así en el feo como en el hermoso es ella hermosísima, si no estuviere afeada con pecados, y tanto

(1) Bernard. de ordine vitæ, et morum institutione.

es mas hermosa, cuanto estuviere mas pura y limpia de pecados, y mas adornada de virtudes y dones celestiales. De ninguna cosa aprovecha la hermosura visible del cuerpo si falta la hermosura invisible del alma: aquella es comun al hombre con las cosas inanimadas y con los brutos animales, mas esta con los Ángeles. Pues habemos, dice san Bernardo, de entrar allá dentro, y poner los ojos en el alma, que es la que fue hecha á imágen y semejanza de la santísima Trinidad, y considerarla como templo vivo del Espíritu Santo, y miembro de Cristo, y como toda bañada en su sangre, comprada y redimida con su vida, condoliéndonos si la vemos disforme y afeada con el pecado, y sintiéndolo con grande compasion, si vemos en ella perdido el precio tan caro que costó al Hijo de Dios: y del cuerpo y de todo lo exterior habemos de abstraer lo posible, y no hacer de él caso mas que de un costal de estiércol, y un saco de inmundicia, y un muladar cubierto de nieve, ó un sepulcro blanqueado por defuera; porque eso es este cuerpo nuestro: y en tanto grado quieren que guardemos esto, y que andemos en ello con tanto cuidado y recato, que dice Gerson: *Non solum non attendat discretionem formarum, sed neque discretionem sexuum*: No solo no ha uno de atender si el penitente ó aquel con quien trata es bien ó mal agesta-

do; pero ni aun ha de atender ni hacer reflexion en si es hombre ó mujer, sino poner solamente los ojos en las almas y en el remedio de ellas, abstrayéndose de todo lo demás, y no haciendo caso de ello, porque en las almas no hay esas diferencias.

Este aviso es de mucha importancia: lo primero, porque de esta manera nuestro amor será espiritual y de verdadera caridad con Dios, y por Dios y para Dios puramente; y ese otro es amor carnal y sensual, y muy peligroso: lo segundo, importa tambien mucho este aviso á los que tratamos con prójimos, para animarnos á nuestros ministerios, y para ejercitarlos como debemos, acudiendo de tan buena gana al pobrecito y al desamparado, como al rico y poderoso; pues tanto le costó á Dios el alma del pobrecito que está en el hospital, y del desamparado que se viene á confesar, como la del caballero, y del que anda muy bien tratado. San Ambrosio (1) trae á este propósito el ejemplo de Cristo nuestro Señor, del cual leemos en el sagrado Evangelio, que no quiso ir á casa del régulo á curar á su hijo, pidiéndosele su padre, y yendo él mismo en persona á suplicárselo: *Ne in reguli filio videretur magis divitiis detulisse*: Porque no pareciese que se movia por ser rico y principal, así el enfermo, como el que se lo

(1) Ambros. lib. 5 super Lucam; Joan. c. iv, 41.

pedia; y por otra parte vemos que se ofreció á ir á casa del Centurion á curar un criado suyo, no habiendo venido el mismo Centurion en persona á suplicárselo, sino que se lo envió á pedir por terceros (1): *Jesus autem ibat cum illis*; porque no pareciese que por ser el enfermo un pobre mozo se desdennaba de ir allá. Dice san Ambrosio que esto hizo para darnos ejemplo á nosotros cómo nos habemos de haber con los prójimos, no poniendo los ojos en los ricos ni en los bien tratados, sino solamente en las almas: tras estas se nos han de ir los ojos y el corazon, acudiendo tan de buena gana al pobrecito, y al mozo de caballos y al esclavo, como al caballero y al señor; porque delante de Dios el siervo y el libre, el criado y el señor, todo es uno, como dice san Pablo, y así murió Dios por el uno como por el otro, y por ventura ama y estima mas al pequeño que al grande.

Y si nuestro amor fuese muy puro y muy espiritual, antes nos inclinariamos y aplicariamos á confesar y tratar al pobre que al rico, y al bajo que al grande, por muchas razones: lo primero, por imitar el ejemplo que de esto nos dió Cristo nuestro Señor, cómo habemos dicho: lo segundo, porque en esos pobreitos y bajos resplandece mas la imágen de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos consu-

(1) Luc. vii, 6.

pobreza, como dice el Apóstol (1): lo tercero, porque de esta manera estamos mas seguros que buscamos á Dios en nuestros misterios, y que los hacemos puramente por él; porque cuando tratamos con gente granada y lucida, muchas veces se nos mezclan respetos humanos, y nos buscamos á nosotros mismos, y nuestro gusto y estimacion: no es tan seguro ese trato, ni todas veces va tan puro ni tan limpio de polvo y de paja: algunas veces es vanidad lo que parece celo: lo cuarto, porque así nos conservaremos mejor en humildad: lo quinto, porque por experiencia se ve que con estos se hace mas fruto que con esotros, y que estos son los que frecuentan mas las confesiones, y los que acuden mas á los sermones; y así vemos que á Cristo nuestro Señor estos eran los que mas le seguian, y los que se aprovechaban mas de su doctrina: *Pauperes evangelizantur*, dice el sagrado Evangelio (2): de los ricos y principales, cuál ó cuál: allá un Nicodemus, que era principal entre los judíos, y aun de ese dice el evangelista san Juan, III, v. 2, que vino á tratar con Jesucristo de noche y escondidamente: *Hic venit ad Jesum nocte*. Y mas, hay otra cosa, que á la gente llana se les dicen mas llanamente las verdades, y se les reprende lo malo con mas libertad, y lo toman ellos mejor, y hace

(1) II Cor. viii, 9.

(2) Matth. i, 1.

mas fácilmente el confesor lo que quiere de ellos; y con la gente granada algunas veces hay algun encogimiento, y no se atreve tanto el confesor, y traga la saliva para decirles lo que han menester, y muchas veces queda despues con escrúpulo y remordimiento de no haberse declarado mas, y de haber condescendido y contemporizado con ellos: y mas, con los señores gástase mucho tiempo, y en él se hace muy poco ó nada de provecho; pero con la gente llana en poco tiempo se hace mucho, porque luego se puede venir con ellos á las inmediatas, como dicen, y ser de sustancia todo lo que se trata, lo cual no puede ser con los otros: por esto gente espiritual y desengañada, amiga de su propio aprovechamiento y de hacer mucho fruto, huyen cuanto pueden del trato de los señores y de los grandes, y lo tienen por grande carga; y es consejo este muy repetido de los Santos, y conforme á aquello del Sábio (1): *Pondus super se tollet, qui honestiori se communicat*; y así vemos que son alabados y estimados mucho en la Religion los que se aplican á confesar al pobre y al negro, y á los criados y á los desarropados; y con mucha razon, especialmente que á esos otros yo aseguro que no falte quien los confiese: y si entre ellos hubiere alguno á quien os parezca que importa mas para el servicio de Dios, acudirle, si sois

(1) Eccli. xiii.

humilde; habeis de pensar que eso hará mejor el otro padre que está allí confesando, y mas sin peligro suyo; y vos echad mano del pobrecito, que por ventura ha venido algunas veces, y se ha ido sin confesar.

## CAPÍTULO XV.

*De otro medio para aprovechar á los prójimos, que es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios.*

*Habe fiduciam in Domino in toto corde tuo, et ne innitaris prudentia tue* (1): Ten confianza en Dios de todo tu corazon, y no estribes en tu prudencia. Otro medio muy principal que nos ayudará mucho para conseguir el fin de nuestro instituto es el que dice el Sábio en estas palabras, y nos lo pone tambien nuestro santo Padre, y la bula (2) de nuestro instituto en aquellas dos breves palabras: *Diffidens suis viribus, et divinis fratribus*. ¿Sabeis, dice, cómo haceis mucha hacienda y mucho fruto en las almas? Desconfiando de vos mismo, de vuestras fuerzas, y prudencia é industria, y de todos los medios humanos, y poniendo toda vuestra confianza en Dios: ese es uno de los mas principales y eficaces medios que hay para hacer mucho fruto en las almas; y así esta es una de las mejores disposiciones que puede tener el obrero de Dios, que entienda que él de suyo no es

(1) Prov. iii, 5.

(2) Bula de Julio III.